

LA ACELERACIÓN DEL TIEMPO EN RELACIÓN CON LA IDEA DE PROGRESO Y LA CRISIS DEL TRABAJO¹

ACCELERATION OF TIME WITH RESPECT TO THE IDEA OF PROGRESS AND THE EMPLOYMENT CRISIS

A ACELERAÇÃO DO TEMPO EM RELAÇÃO À IDÉIA DE PROGRESSO E À CRISE DO TRABALHO

Omar Cabrales Salazar

Economista de la Universidad Militar Nueva Granada, con Especialización en Pedagogía y Docencia Universitaria, Maestría en Educación y candidato a doctor en Ciencias Sociales y Humanas de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Docente de tiempo completo y líder del grupo de investigación Cultura y Desarrollo Humano, de la Facultad de Educación y Humanidades de la Universidad Militar Nueva Granada.

omar.cabrales@unimilitar.edu.co - omcabrales@yahoo.com.ar

• Clasificación JEL: F29, M12, M13

RESUMEN

Partiendo de la disertación al respecto de si el trabajo es una categoría antropológica o histórica, el artículo analiza la relación entre el tiempo, el trabajo y la idea de progreso desde la perspectiva de la crisis del empleo y la aceleración del tiempo en Occidente, que se comienza a dar con la Revolución Industrial y a profundizarse con la globalización y el neoliberalismo. Se lleva a cabo un análisis del proceso de sustitución de la mano de obra humana por la tecnología y se concluye al respecto de cómo las políticas neoliberales han logrado extender el tiempo de ocio y acelerar el tiempo en una sociedad en la que cada vez es más difícil conseguir y mantenerse en el empleo que se desea.

of the process of substitution of human labor by technology is carried out, and a conclusion is drawn with respect to that process of how neoliberal policies have achieved the extension of leisure time and accelerated the tempo in a society in which it is increasingly difficult to obtain and hold on to the employment that is desired.

KEYWORDS

Employment crisis, acceleration of time, unemployment.

RESUMO

Partindo da dissertação sobre se o trabalho é uma categoria antropológica ou histórica, o artigo analisa a relação entre o tempo, o trabalho e a idéia de progresso a partir da perspectiva da crise do emprego e a aceleração do tempo no Ocidente, que se iniciou com a Revolução Industrial e se aprofundou com a globalização e o neoliberalismo. É realizada uma análise do processo de substituição da mão de obra humana pela tecnologia e se conclui sobre como as políticas neoliberais conseguiram prolongar o tempo de lazer e acelerar o tempo em uma sociedade em que cada vez é mais difícil conseguir e manter o emprego que se deseja.

PALABRAS CLAVE

Crisis del trabajo, aceleración de tiempo, desempleo.

ABSTRACT

Starting from the theme regarding whether work is an anthropological or historical category, this article discusses the relationship among time, work, and the idea of progress from the perspective of the employment crisis and the acceleration of time in the West, which began to emerge at the time of the Industrial Revolution, and became deeper with globalization and neo-liberalism. An analysis

PALAVRAS-CHAVE

Crise do trabalho, aceleração do tempo, desemprego.

Fecha de recepción: 20 - 11 - 2012

Fecha de aceptación: 20 - 12 - 2012

Introducción

La humanidad será confrontada, en los decenios que vienen, a un desafío de una amplitud tal que ella no había conocido jamás en el pasado... pues el sistema social del capitalismo liberal es incapaz de distribuir a la mayoría de la población que quedará sin trabajo los ingresos suficientes para permitirle comprar la profusión de objetos o de servicios que la producción automática va a proveer o proveerá de más en más (Rocard, 1996,37).

El trabajo es una categoría fundamental, tanto individual como social, de la experiencia humana. Como resultado del tiempo dedicado a él se producen buena parte de los insumos económicamente necesarios para la supervivencia material y psicológica de la especie, pues la humanidad ha estado ligada al trabajo como un proceso natural de la vida, al punto que es culturalmente imprescindible para el desarrollo normal de la existencia del hombre sobre la tierra. En este contexto se plantea inicialmente la disertación respecto de si el trabajo es una categoría antropológica o histórica, dentro de la discusión sobre su mutación hacia otras esferas y paradigmas. En segundo lugar se habla de cómo la Revolución Industrial pone en relación el tiempo, el trabajo y la idea de progreso. Finalmente se argumenta sobre la percepción de aceleración del tiempo, y la llegada obligada del tiempo de ocio como consecuencia de la implementación de las medidas neoliberales y el reemplazo de la mano de obra humana por la tecnología, que han incrementado el paro en gran parte del mundo occidental.

1. El trabajo: ¿categoría antropológica o categoría histórica?

A finales del siglo XV, con el surgimiento del mercantilismo se amplían las expectativas de comercio y se generan otras posibilidades de ingresos económicos para los europeos, por fuera de la tradición que atesoraba por herencia la posesión de títulos nobiliarios y tierras, o por la pertenencia a la Iglesia Católica. El incremento de las transacciones comerciales inherente al crecimiento del capitalismo, que se da entre otras cosas por el cambio de la concepción de la riqueza de

la posesión de la tierra hacia el dinero, como lo afirma Tirado, abre otras expectativas para las personas del común, nuevas formas de asumir su paso por el mundo de manera menos dependiente de su señor feudal. “Con el crecimiento del comercio y la reaparición de la circulación monetaria, la tierra dejó de ser la fuente principal de la riqueza y la base del poder político” (Tirado,1981). Junto con ello, esta nueva circunstancia implica también una forma diferente de dimensionar y de vivir la cotidianidad y el tiempo, puesto que bajo estos nuevos parámetros de la riqueza, éste se hace más valioso y dinámico. La parsimonia medieval con la que se construían catedrales en 200 años le da paso al agitado devenir del capitalismo mercantil.

Hasta la primera mitad del siglo XVI, el tiempo es todavía el ‘tiempo vivido’, aquel tiempo del sentido común según el cual la vida transcurre conforme a las medidas naturales del día o de la noche o de los movimientos de la bóveda celeste. Sólo en la segunda mitad del quinientos, correlativamente al aumento de la riqueza urbana y a la victoria de la vida de las ciudades sobre el campo, se nota la necesidad de medir el tiempo con mayor exactitud. La difusión general del uso del reloj, la construcción de aparatos cada vez más precisos, son también de aquella época. (Rossi, 1966, p. 44).

Antes del capitalismo mercantil,

las actividades laborales estuvieron sometidas a un ritmo y a unos tiempos que no obedecían a ninguna lógica productiva, sino al ciclo repetitivo de la naturaleza sancionado por el calendario cristiano, contribuyendo así a instaurar un tiempo anclado en la costumbre inveterada. (Durán, 2006, p.177).

En la modernidad, la necesidad de tener acceso a un tiempo más preciso y más individualizado está ligada al valor que este adquiere con el mercantilismo en el que el prestamista y los primeros banqueros cuentan los días y los meses para recibir el fruto de sus empréstitos. La posibilidad de generar dinero y salarios más allá del límite de la subsistencia permitió a los hombres concebir la idea de obtener, con el fruto de su trabajo, aquello a lo que pocos habían tenido acceso: algo más de libertad, tierras tal vez, y algunos otros bienes vedados para el vulgo.

Esta nueva percepción de la 'riqueza', o más bien de la no pobreza -que ya es accesible a la mayoría de los mortales a partir del ejercicio del trabajo-, se consolidará con la Reforma y será la semilla en esencia del capitalismo del siglo XVIII, puesto que, cuando el dinero adquiere otra función, además de la de equiparar valor y permitir las transacciones, y se convierte en sí mismo en fuente generadora de ingresos, el afán de atesorar convertirá el tiempo en oro, se acentuará en los hombres, los conducirá a negociar y a trabajar ante la no posesión de tierras y títulos nobiliarios, y les permitirá asemejarse a la nobleza y empezar a constituir una nueva clase social: la burguesía, que sin herencias ni títulos se consolidará como otra fuerza en crecimiento que a partir del trabajo terminará de esculpir esta nueva concepción de la riqueza.

Entonces, en la sociedad 'libre' de la modernidad, que da por descontado el fin de la esclavitud, el establecer un valor a la actividad humana -fundamentalmente a la actividad física que la mayoría pueden ejercer sin mayores condiciones- empoderó a los mortales para que consiguieran el sustento con el alquiler de sus brazos. La consecuencia es la apertura hacia una nueva dimensión de la vida en la, que a partir de la autonomía que se logra al trabajar por un salario, se abre además una posibilidad de libertad que cada vez se irá consolidando y a la que nadie estará dispuesto a renunciar, al punto que se considerará como parte de la esencia del hombre, ligada a su condición, a su naturaleza productiva. "Esta exigencia de orden de la sociedad laboral se ha mantenido, más aún, se ha revalorizado y convertido en una visión antropológica del hombre según la cual éste logra su identidad y personalidad sólo en y a través del trabajo" (Beck, 2000). Por estas razones, estas dos acepciones, la de la 'libertad' y la de la autonomía, harán que el trabajo asalariado se constituya como una categoría antropológica y en consecuencia inseparable e indeclinable de la especie humana, razón por la cual es tan difícil renunciar a él.

Por otro lado, al considerar el trabajo remunerado como una categoría histórica, se asume que como tal llegó en un momento de la historia de la humanidad y que asimismo desaparecerá y le dará a paso a otro paradigma, que implica la transmutación tal vez hacia otras esferas, otras actividades o inactividades productivas o no productivas que lo desvinculen parcial o totalmente del dinero y lo vuelvan a restituir como la actividad, no necesariamente

ligada concomitantemente al afán de ganancia, al lucro y a la explotación.

Es así como en el siglo XVIII se fija el periodo en el que el trabajo pasa de ser la labor cotidiana a través de la cual el individuo se forjaba a sí mismo de acuerdo con su oficio: pastor, agricultor, y se convierte en la labor de masas de trabajadores remunerados, cuando se dejó de trabajar para sí o para el núcleo familiar y se trabajó para otro, es decir, el momento en el que se consolida la figura del patrono capitalista y el trabajo remunerado se convierte en una mercancía cuantificable que alguien está dispuesto u obligado a trocar o a vender y otro dispuesto a comprar o a intercambiar. Es en esta etapa cuando debemos centrar nuestra atención, para lograr discernir si el trabajo asalariado es una categoría antropológica, es decir, una condición ligada de hecho a la esencia del ser humano, o es simplemente otra categoría histórica que se concretiza en términos de lo que hoy conocemos por trabajo y se consolida durante los siguientes 300 años hasta el día de hoy, cuando empieza a presentar signos cada vez más graves de su transformación, como lo plantea Julio César Neffa.

Desde la emergencia de la crisis de los años 1970, el deterioro del nivel de empleo consistente en altas tasas de desempleo que permanecen a lo largo del tiempo (histéresis), planteó el problema de si el trabajo asalariado -tal como se manifestaba entonces-, era una necesidad humana de carácter antropológico, que tenía una esencia permanente o si, por el contrario, se trataba simplemente de una mera categoría histórica, que tendría solo tres siglos de vida y que por tal causa actualmente está sometida a un proceso de cambio acelerado que a término lo conduciría progresivamente a su extinción.(Neffa, 2001,p.51)

Es importante entonces hacer énfasis en la concepción sobre el tiempo humano acaecida en el siglo XIX con la Revolución Industrial y la nueva organización del trabajo. Si "el tiempo es una construcción social que organiza y da sentido a la vida de los miembros de una determinada colectividad." (Durán, 2009), entonces a partir de allí se fundamentará el estudio de la sociedad de manera historicista, pues se asume que la vida -individual y colectiva- es moldeada por un tiempo enmarcado en un continuo universal y secular, con unos horarios del trabajo y del hogar someramente definidos. De esta manera, el devenir humano se enmarca en una concepción ordenada

del tiempo, con un antes y un después precisados en términos de causas y consecuencias, que se narra y se escribe desde un trasfondo concreto que lo ordena y lo suscribe a una sociedad particular.

2. Trabajo, tiempo y trabajador

El trabajo, como actividad liberadora de energía transformadora, produce en general tres consecuencias: en primer lugar, una material que es el producto, el objeto palpable que surge de las manos del artesano. En segundo lugar, según Gonzales (2006), una inmanente que es la que se da en el mismo agente, y que como tal transforma al hombre, lo forja, lo constituye en el ejercicio del trabajo y alrededor de sus circunstancias. El hombre, "al mismo tiempo que, mediante este proceso, actúa sobre la naturaleza exterior y la transforma, transforma también su propia naturaleza, desarrollando las facultades que en ella dormitan" (Marx, 1984). Y por último una trascendente, que se da fuera de los agentes y vincula, une al trabajador con los otros seres humanos que producen y los hace ser parte de la raza humana que trabaja, de la sociedad de trabajadores, de la sociedad productiva. Por esta razón "El trabajo expresaría, por tanto, en el mayor grado nuestra humanidad, nuestra condición de seres finitos, creadores de valores, y también nuestra condición de seres sociales. El trabajo sería, pues, nuestra esencia y nuestra condición" (Medà, 1995), pues su ejercicio trasciende hacia los atributos de la condición humana; la parte espiritual, la corpórea o material y la social.

Antes de la Revolución Industrial, desde la subjetividad que le concierne al trabajo, la consecuencia material del mismo se ajustaba a la consecuencia inmanente, puesto que el resultado, el producto de su oficio era lo que ligaba al hombre con su identidad, lo formaba al punto de ser lo que ésta le perfilaba: herrero, vidriero, albañil, etc. Como lo afirma Lucero (2006), el artesano fue el antecesor directo de la producción industrial en serie, y la calidad de sus productos estaba íntimamente ligada a sus habilidades en el oficio, debido a que su sistema de producción estaba organizado en unidades donde no existía la división del trabajo. Él tenía la potestad sobre los asuntos más elementales de la producción, tales como el tiempo que dedicaba al trabajo y el tiempo de ocio, que de hecho no estaban claramente determinados, pues se llevaban a cabo en el mismo lugar de residencia y en las mismas condiciones

de tiempo y sentido del mundo del hogar, tal vez sin ninguna disciplina, sin horarios específicos dedicados a una cosa y la otra. Richard Arkwright, antiguo estudioso inglés de la Revolución Industrial, afirma que:

(...) era difícil educar a los seres humanos para que renunciaran a sus desordenados e ineficientes hábitos de trabajo, para identificarse con la invariable regularidad de las máquinas automáticas. Esas máquinas sólo podían funcionar correctamente si eran vigiladas en forma constante; la idea de pasar diez o más horas por día encerrados en una fábrica, mirando una máquina, no les hacía gracia alguna a esos hombres y mujeres llegados del campo. (Richard Arkwright, citado por Bauman, 2000)

El diseño de los bienes manufacturados, la elección de las materias primas e incluso la confección de las herramientas y los elementos de trabajo, y el dominio de la técnica de esas herramientas y del oficio, que a lo sumo había aprendido de su padre eran también de la libre potestad del artesano y con este esquema planeaba sus días y sus años y transcurría su vida al ritmo del tiempo de su época, al ritmo de un tiempo que estaba bajo su control.

Entonces, "La división del trabajo produjo beneficios con respecto al sistema anterior pero, a su vez, se originó la primera ruptura al perderse la unidad conceptual que tenía el artesano con relación al producto" (Lucero, 2006). De hecho, según Marx:

El trabajo requiere, a lo largo de toda su duración y aparte del esfuerzo y de los órganos que actúan, una atención constante que solo puede ser el resultado de una tensión permanente de voluntad. Y la exige tanto más cuanto, por su carácter o por la forma de ejecutarlo, menos agradable sea el trabajo para quien lo realiza, cuanto menos disfrute de él el trabajador como del libre juego de sus fuerzas físicas e intelectuales; en una palabra, cuanto menos atrayente sea. (Marx, 1984, p. 98)

En consecuencia, mantener la atención y el interés del trabajador según las nuevas condiciones que se dan en la fábrica, como la división del trabajo y la especialización en distintas áreas, se hace más difícil, pues el resultado final comienza a ser la resultante de un conjunto de

ideas concebidas desde distintos sectores y por varios agentes, ya que “la salida de un producto es el efecto de un conjunto de actividades fragmentadas tanto en responsabilidad como en ejecución” (Lucero, 2006), producto que deja de llevar la ‘esencia’ del trabajador, su impronta, su identidad, y del que se distancia cada vez más, del que pierde consciencia y poder, debilitando cada vez más el resultado inmanente del trabajo. A pesar de esto, la consecuencia trascendente del trabajo se irá fortaleciendo alrededor de la nueva sociedad de obreros, que empieza a erigir una identidad y un ideario común en el que poco a poco se van encontrando y construyen sus afinidades, y desde de la cual van a cimentar la nueva sociedad de trabajadores.

Fue entonces, a partir de la Revolución Industrial, un paso más en la concreción del capitalismo y como resultado del proceso de masificación de la sociedad en torno al trabajo o la fábrica, que el hombre salió de su casa y dejó de practicar el *oficio* que había heredado de sus antepasados. Según Weber (2006): “La moderna organización racional del capitalismo europeo no hubiera sido posible sin la intervención de dos elementos determinantes: la separación de la economía doméstica y la industria y la consiguiente contabilidad racional”. El hecho de salir de su lugar de habitación, que era también su lugar de trabajo, determinó un cambio en su condición como ser humano, puesto que su identidad como artesano, carpintero o herrero, se diluía en la conflagración de los intereses del proletariado.

Al igual que el molino de papel de Diderot, la fábrica de Smith es un lugar para trabajar, no para vivir. La separación de la casa y el trabajo es, según Smith, la más importante de todas las divisiones modernas del trabajo. (Sennett, 2006).

De la misma forma, como ya se mencionó, esto significó un cambio trascendental en el ritmo de la vida de los hombres de aquel entonces, en sus horarios y en sus tiempos, pues dividió sus días e incluso sus vidas en dos mundos: el mundo o la vida del hogar, con las horas y los tiempos del hogar, y el mundo y la vida del trabajo, con las horas y los tiempos del trabajo: lo que da como resultado que en la fábrica, con las cadenas de montaje, se produce la institucionalización de los tiempos del trabajo que trascenderá hacia la institucionalización de los tiempos del hogar, acelerando y sincronizando los horarios en torno al nuevo modelo de producción capitalista.

El tiempo que cada sociedad despliega al existir es a la vez una realidad subjetiva y objetiva. Por un lado, es la creación de los sujetos en su mutuo proceso de interacción social, pero por el otro es percibido por estos mismos sujetos como un hecho externo que no cabe sino aceptar como algo natural, como perteneciente a la esfera de lo dado por supuesto (Berger y Luckmann, 1997, p.79).

Este discernimiento de funciones o de labores, efectuadas a partir de entonces en lugares diferentes, genera la necesidad de cuantificar, en primer lugar, el valor del tiempo que el hombre pasa fuera de su lugar de habitación, haciendo otra actividad diferente a su vida, es decir, desligada de su condición de artesano, de lo que había sido y hecho hasta entonces, y en segundo lugar dedicada ahora a producir cosas para otro, para el capitalista; cosas que no serán de su propio usufructo, que no se construirán ante sus ojos, es más, que no podrá, en la mayoría de los casos, visualizar terminadas como un producto final. Como lo señala Marx (1984) en la teoría del valor planteado:

El valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo materializado en su valor de uso, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Para medirlo, se parte de las condiciones normales, es decir, las condiciones sociales medias de producción. Por ello, el valor de una mercancía no es el resultado de la acción del mercado, con su ley de la oferta y la demanda, sino del proceso productivo, que se genera dentro de unas relaciones sociales de producción específicas. (Marx, 1984, 1p.55)

Este paso es sumamente importante en la historia del trabajo, puesto que como categoría económica y antropológica sufrirá su más profunda escisión, y como consecuencia de ello, no sólo se perderá parte del concepto del trabajo como donador de motivación, objetivo y diferenciador de la identidad humana, sino que en las fábricas de la Revolución Industrial empezará a adquirir una conceptualización peyorativa, al convertirse en una actividad penosa, estrictamente vigilada y mal remunerada. La Revolución Industrial generó, desde la perspectiva de Foucault (1996), la comprensión del cuerpo como máquina, como instrumento para ejercer el poder a través de su docilidad política y su explotación económica. En la medida en que la pena de muerte y

la tortura física ceden ante las pretensiones de la modernidad, los instrumentos de poder ya no tienen por objeto la muerte, sino actúan como administradores y prolongadores de la vida: “Las disciplinas del cuerpo y las regulaciones de la población constituyen los dos polos alrededor de los cuales se desarrolló la organización del poder sobre la vida” (Foucault, 1996).

Asimismo, el trabajo asalariado se convertirá en la forma más expedita de llegar a la riqueza y al progreso, al convertirse en un actividad que pone en juego las variables tiempo y trabajo, ya que a partir de ese momento se empiezan a estructurar las condiciones para que cada ser humano se haga responsable y ‘libre’ de administrar su tiempo y hacerlo productivo, con el propósito de alcanzar el objetivo de la abundancia o al menos de la supervivencia.

El tiempo de trabajo se consolidó así como tiempo dominante, un tiempo orientado a la consecución de mayores cotas de riqueza que serán reinvertidas en la acumulación de nueva riqueza, en el contexto de un proceso laboral continuo, expansivo y proyectado hacia el futuro (Durán, 2006,p.183).

Vemos entonces una distinción clave en el proceso de complejización del trabajo, al pasar de la palabra *oficio*, entendida como la labor que se lleva cabo para ganarse la vida en el lugar de habitación, en el hogar y por lo general heredada de los padres y abuelos, a la palabra *trabajo*² como actividad llevada a cabo con el propósito de obtener el sustento pero fuera de la casa. Este hecho fundamental crea el concepto de *trabajador*, al unificar, no solo las labores propias del proceso de producción de la fábrica, sino la propia percepción e interpretación del mundo en torno a esa nueva sociedad, a partir de la cual el hombre se forjará como ente social y productivo y se convertirá en un instrumento de explotación por parte del capitalista, o en un trabajador consumado en la búsqueda de su propio progreso.

En el contexto de este proceso el trabajo se elevó al primer plano de la esfera pública, no sólo porque se estimase que era el motor principal de la producción y por tanto de la riqueza, sino también por entenderse que a partir de él era posible el desarrollo de los individuos y de la sociedad en su conjunto (Durán, 2006,189).

Por consiguiente, se hizo necesaria la cuantificación del valor de la hora-hombre, en términos de la industrialización, lo que implicaba dejar atrás la experticia y el conocimiento del oficio como variables intervinientes en el precio final de los bienes, para calcularla ahora en términos de la productividad, de la división del trabajo. Es Adam Smith quien logra medir en una primera instancia la labor en términos monetarios, dentro de su propósito de explicar la riqueza de las naciones. Smith fue el primero en constituir a la ciencia económica como una disciplina distinta de la moral y su obra transformó radicalmente la teoría de la economía en el siglo XVIII, al defender la idea de que la riqueza de una nación procedía del trabajo de sus pobladores y no de sus reservas de dinero, como lo afirmaban los mercantilistas, o de su producción agrícola, como lo sostenían los fisiócratas.

Es a partir de su obra fundamental, las *Investigaciones sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, que la economía política logra la categorización de ciencia y supera decididamente las ideas de la fisiocracia. Adam Smith postulará que no es la naturaleza, sino el trabajo, la fuente de donde una nación obtiene los productos que anualmente consume y que la mayor productividad del trabajo se consigue gracias a su división en tareas que conducen a su especialización (Smith, 1958). Esta es asignada a cada uno de los operarios de la fábrica y consiste en la división del proceso productivo necesario para fabricar un objeto en diversas fases.

Smith introduce así, seguramente sin ser consciente de ello, una nueva definición del trabajo. Una definición que no es fruto de un estudio de la característica compartida por las distintas formas concretas, prácticas del trabajo, sino que resulta de una investigación que no tiene realmente por objeto el trabajo; una investigación al término de la cual, el trabajo aparece como un instrumento de cálculo y medida, como instrumento cuya cualidad esencial es permitir el intercambio. (Medá, 1995,67)

En términos generales, para Smith, los elementos constitutivos del precio real de las cosas son: el valor del trabajo que será el salario; el valor del capital, el interés; y el rendimiento de la tierra la renta. En torno a este “precio natural” oscila el precio del mercado que varía constantemente, según la oferta y la demanda, por lo cual Smith defiende el libre mercado como el

mecanismo más eficiente para la asignación justa de los recursos. Asimismo:

Cualquiera que sea el nivel de aptitud, destreza y sensatez con que el trabajo se ejercita en una nación, la abundancia o la escasez de su abastecimiento anual dependerá necesariamente, mientras exista tal nivel, de la proporción entre el número de quienes anualmente se emplean en una labor útil y el de quienes no lo están de esta manera. (Smith,1958,p.37).

En este sentido, la interrelación entre las variables *aptitud, destreza y sensatez* -que no hacen referencia más que a la competitividad-, trabajo y riqueza, en unas condiciones de libre mercado, contribuyó a la concreción de las circunstancias para que el tiempo se valorara cada vez más, pues no solamente se cuantificaba en términos del costo de la mano de obra, sino que la riqueza de una nación dependía de la actitud de sus habitantes hacia el trabajo, y cuantos más de sus habitantes se sumaran a las fábricas y destinarán más de su tiempo a la productividad, mayor sería su crecimiento económico y por ende su prosperidad y su riqueza.

Esta teoría del valor-trabajo adquirirá gran importancia en el desarrollo de la ciencia económica y de las doctrinas liberal y socialista, y sentará los precedentes de los conflictos entre los dueños de las fábricas y los trabajadores mal asalariados. Para Marx (1984), el trabajo será el tipo de relación de explotación que el proletariado establece con el capitalista y que representará una clase de enajenación en relación con el producto de su trabajo. Al hacer un análisis del salario del obrero, y lo que éste le deja al capitalista, se puede afirmar que el trabajador no se ve bien recompensado, aspecto que ocasiona su depauperación, la del mismo sistema capitalista y la prolongación de las condiciones de explotación del trabajador, quien va dejando su vida en la fábrica, sin prever que poco a poco va perdiendo la fuerza de sus brazos. "...el tiempo durante el cual trabaja el obrero es el tiempo durante el cual el capitalista consume la fuerza de trabajo que compró. Y el obrero que emplea para sí su tiempo disponible roba al capitalista" (Marx, 1984). En este sentido, el trabajo no es entonces la manera expedita de llegar a la abundancia sino de consunción del trabajador, pues en las líneas de montaje se le agotan las fuerzas y se le van los días y los años, contribuyendo al enriquecimiento de otros, a su propio empobrecimiento y

a la pérdida gradual de la posibilidad de subsistir cuando ya no pueda trabajar.

En cuanto al proceso de acumulación de capital, es el capitalista quien produce la plusvalía, es decir, que extrae directamente de los obreros trabajo no retribuido, materializado en mercancías, es el primero que se apropia de dicho excedente, pero no es, ni mucho menos, el único ni el último propietario de la plusvalía. Una vez producida, tiene que compartirla con otros capitalistas que desempeñan diversas funciones en el proceso productivo de la sociedad. Así, la plusvalía se divide en varias partes, correspondientes a diversas formas, tales como la ganancia, el interés, el beneficio comercial, la renta del suelo, etc. (Marx, 1984,p.510).

Marx será el primero en denunciar el nuevo afán de lucro del capitalista a partir de la explotación del trabajador. "La principal crítica de Marx consiste en denunciar que la sociedad de su tiempo y la economía política no tiene como finalidad fomentar el desarrollo del hombre mediante el trabajo -por esencia mediador- sino el enriquecimiento" (Medá, 1995). Desde la perspectiva marxista, las relaciones sociales de producción de una sociedad capitalista constituyen la base de su estructura de clases y la posesión, por parte del capitalista, de la propiedad privada de los medios de producción es la causa fundamental de la desigualdad dentro de la sociedad, puesto que el capitalista solo pretende su propio enriquecimiento. Para Marx (1984), solo el trabajo puede ser la fuente de beneficio del capitalista, ya que solo el obrero incorpora valor a la mercancía que produce.

El tiempo, entonces, adquiere un nuevo valor y contribuye a esta nueva dimensión de provecho y beneficio, convirtiéndose en una experiencia cotidiana y corriente que se acelera con la industrialización de las sociedades. Es así como

(...) a partir de este momento, todas aquellas actividades que contribuían especialmente al incremento de la riqueza adquirieron especial relevancia pública. Todas ellas fueron pensadas en relación con el afán productivista e insaciable de unas sociedades que interpretaron este productivismo como el signo principal del progreso humano (Durán, 2006,p.188).

La riqueza, ahora 'accesible' para todos a partir del trabajo asalariado, se convertirá entonces en el objetivo fundamental de los dueños de los medios de producción y de los trabajadores, quienes creerían que con trabajo duro podrían salir algún día de la pobreza. A mediados del siglo XVIII, en plena Revolución Industrial, se produce como dice Medá una brusca inversión de valores que centra en la riqueza el verdadero propósito que deben perseguir las sociedades: el dinero. "Algunas explicaciones ven la Revolución Industrial, especialmente en su vertiente técnica, el desencadenante, primero, del aumento de la productividad y, en consecuencia, del interés por la riqueza" (Medá,1995).

Entonces, el capitalismo, dentro de su dinámica inherente de generar dinero, en la que el tiempo se ha convertido a su vez en un valor en crecimiento, termina de 'indexar' al mundo occidental en la relación directamente proporcional que se da entre trabajo y progreso.

Las nociones de producción y de trabajo se reforzaron mutuamente, al presentarse como medios de abastecer el crecimiento de la población y consumo, y se les otorgó un sentido utilitario que permitía identificarlas con un avance inequívoco hacia la felicidad y el progreso (Naredo, 2002,p.25).

De la misma forma, a la vez que se difunde la toma de consciencia de posible riqueza a partir del trabajo, igualmente se difunde la idea de que cuanto más se trabaje, más rápido se accederá a la posibilidad del consumo y de la felicidad, por lo que los hombres tratarán de trabajar más duro para llegar más pronto al objetivo de la abundancia. Los tiempos del hogar entonces ya no solo se hacen más cortos, sino que también se ven permeados por el afán de los tiempos del trabajo, razón por la cual el tiempo de la modernidad se apresura, aquel tiempo de antaño se queda corto a la hora de laborar más y más, de gestionar las inversiones y los viajes, y se ajusta cada vez más al afán de lucro, a la idea de progreso y al deseo de llegar más pronto a un futuro prometedor en el que finalmente, cuando ya no haya que trabajar, todo será más placentero.

La riqueza, como expresión de los objetos necesarios para la vida humana, y el trabajo, en cuanto actividad principal que más contribuía a aquella riqueza, se convertirán en los dos principales indicadores de la idea

moderna de progreso. Con el desarrollo de la sociedad de mercado, esta noción de riqueza irá adquiriendo gradualmente un carácter cada vez más abstracto, pues su destino no será otro que el de su acumulación continuada en la esfera del mercado. De este carácter participará asimismo el trabajo, por ser el motor fundamental de dicho proceso. El trabajo y el crecimiento económico pasaron así a conformar las principales imágenes del progreso, imágenes que se fortalecían a medida que el desarrollo económico conllevaba la incorporación de un mayor número de trabajadores a la sociedad del empleo. (Durán, 2006,p. 177)

3. El trabajo en la sociedad industrial y en la sociedad de consumo: la emergencia de la crisis

La ética del trabajo fue el argumento de la religión protestante para conducir a miles de campesinos y menesterosos a las fábricas de la Inglaterra del siglo XVIII, que requerían con avidez mano de obra en grandes cantidades y a costos indignos. Con la consigna de que el trabajo dignifica al hombre y es la forma divina de acceder a Dios, las fábricas del Imperio Británico se nutrieron de miles de trabajadores, niños y mujeres muchos de ellos, quienes en extensas jornadas dejaron la energía de su cuerpo en las cadenas de montaje y contribuyeron a que su país se catapultara como la principal potencia económica del siglo XVIII. *La ética del trabajo* sirvió para inculcar en el hombre una nueva condición que le obligaba a entender que el trabajo era la única forma de redimirse consigo mismo, con Dios y con la sociedad (Weber, 2006).

Una nueva temporalidad, está vez vinculada al futuro, irá emergiendo a lo largo de la época moderna, gracias a una serie de acontecimientos. El Protestantismo, la nueva mentalidad religiosa que apareció con el mundo moderno, tuvo una especial influencia en este sentido. Como se sabe, en su intento de encontrar el camino de la salvación, el creyente se entregó al ejercicio de su profesión con una actitud austera, racional e intramundana. (Weber, 2006,p. 87)

El trabajo riguroso, circunscrito entonces a la idea de progreso de las sociedades industriales, “que ha servido para afirmar la conveniencia y la necesidad del absolutismo político, la superioridad racial y el estado totalitario y que no ha fijado límite para las metas y propósitos que los hombres se han fijado a lo largo de la historia para asegurar el progreso de la humanidad” (Nisbet, 1986), prometía la independencia y la abundancia en un modelo en el que cada uno podía acceder a la libertad y a la riqueza, e inclusive llegar a ser su propio patrono, en un futuro no muy lejano al que se podía acceder de manera más expedita en cuanto más se trabajara, con la consecuencia que produce en la aceleración del tiempo.

Por su parte, Bauman (2000) afirma que la ética del trabajo parece ser un invento más que todo europeo, de hecho, la mayoría de los historiadores estadounidenses comparte la opinión de que no fue este concepto, sino el espíritu de empresa y la movilidad social ascendente, el incentivo fundamental que instó a la industria norteamericana a su crecimiento y expansión. La constante dedicación al trabajo fue considerada desde un principio, tanto por los inmigrantes como por los obreros nacidos en los Estados Unidos, como un medio antes que un valor en sí mismo, una forma de vida o una vocación: el medio para deshacerse de la desagradable necesidad de tener que trabajar para otros (Bauman, 2000). Entonces, la idea esperanzadora de una libertad futura era la justificación precisa para aguantar las extensas e inhumanas jornadas laborales que se presentaban en Estados Unidos, ya que en esta nueva sociedad, más ‘libre’, sí era posible el surgimiento y la existencia de un estrato social que agrupara a las clases trabajadoras y a aquellos nuevos ricos que con el fruto de su esfuerzo pasarían a ser los nuevos patronos.

Pero la realidad era otra. “La posibilidad de afirmar la propia independencia se hizo más vaga y remota a medida que se estrechaba y llenaban de obstáculos los caminos que conducían desde el trabajo manual a la libertad de trabajar por cuenta propia” (Bauman, 2000). Razón por la cual se hizo necesario, por parte de los patronos, buscar otras formas para asegurar la permanencia en el esfuerzo del trabajo, separándolo de cualquier compromiso moral y de las virtudes que se le habían endosado por sí mismo, como lo había hecho la ética protestante.

Se procedió entonces a cambiar el paradigma de la explotación por un salario miserable, al de la explotación

por un salario menos miserable acompañado de una serie de alicientes o incentivos monetarios que en lugar de afirmar que el esfuerzo en el trabajo era el camino hacia una vida moralmente superior, se lo promocionaba como un medio de ganar más dinero.

Las puertas hacia la riqueza para todos se habían abierto. Aquello que a principios de la sociedad industrial había sido un conflicto de poderes, una lucha por la autonomía y la libertad, se transformó gradualmente en la lucha por una porción más grande del excedente (Bauman, 2000, p.40).

La ética protestante del trabajo, que había dominado el comportamiento del americano de frontera, estaba profundamente enraizada en el comportamiento general. La moderación y el sentido del ahorro eran piedras angulares en el estilo de vida americano (...) La comunidad empresarial americana se propuso cambiar radicalmente la psicología que había construido una nación –su objetivo era convertir a los trabajadores americanos desde la postura de inversores en el futuro, a la de consumidores en el presente. (Rifkin, 2004, p.72).

Fue así cómo, entrado el siglo XX, se presentó entonces un cambio en la psicología del trabajador productor ahorrador hacia una del trabajador consumidor, y se creó la figura del “consumidor insatisfecho”; asistida por algunas otras estrategias como la difusión del concepto de la moda, el estatus, la publicidad, las ventas a crédito y la preferencia hacia los productos de tienda con una marca (Trade) que empezaba a consolidarse frente a los productos caseros, que le habían permitido vivir y alimentarse con lo que cultivaba en su granja o la de sus vecinos más cercanos. “Hasta finales del siglo XVIII, el alimento que se producía más allá del horizonte abarcable por la vista del consumidor, que miraba desde un campanario o minarete, era menos del 1% en todo el mundo”. (Illich, 2006).

“La forma en que esta sociedad moldea a sus integrantes está regida ante todo y en primer lugar por la necesidad de desempeñar ese nuevo papel; la norma que les impone, la de tener capacidad y voluntad de consumir” (Bauman, 2000). La metamorfosis del concepto de consumo, desde el vicio hasta la virtud, es uno de los fenómenos más importantes observados durante el transcurso del

siglo XX (Rifkin, 2004). De hecho, los trabajadores de principios del siglo pasado se conformaban con ganar lo justo para vivir y para darse algunos lujos elementales, y preferían tener más tiempo de ocio en lugar de ingresos adicionales que resultaran de una mayor cantidad de horas de trabajo; pero bajo la égida de la sociedad de consumo, el tiempo de ocio se aprovecha también como tiempo de trabajo para poder obtener más recursos que se destinan al consumo, antes de que los productos devengan obsoletos por los que permanentemente salen al mercado.

Se consolida entonces la necesidad trabajar más horas para alcanzar más rápidamente la riqueza o la autonomía, ya que cuanto más se trabaje y de forma más dura y accuciosa, más rápido se podrá salir de la pobreza, lograr la independencia, consumir y 'progresar'. Esta circunstancia de aceleración contribuye evidentemente al acortamiento de los días, puesto que cuantas más actividades se logren hacer en un día, éste más corto se hace, lo que a su vez genera la necesidad inmediata de que llegue el otro día para volver a trabajar-incluso en los fines de semana- para volver a consumir, contribuyendo a la percepción de aceleración del tiempo. Con el comienzo de la sociedad de consumo, se acrecienta entonces el proceso de la aceleración del tiempo y la directa relación con la generación de riqueza y la idea de progreso. Como lo afirma Durán:

El tiempo moderno se configuró también en torno a la esfera del consumo, aspecto esencial del desarrollo económico y social de las sociedades de mercado. Desde el punto de vista material, la esfera del consumo ya no será pensada principalmente en relación con las necesidades concretas que satisface. Su expansión dependerá, por el contrario, de criterios vinculados al propio sistema económico. Desde este momento, el consumo se integrará en el ciclo de la producción capitalista, alimentando el proceso de crecimiento continuado de la riqueza. (Durán, 2006,p.175).

Bauman (2000) resalta el contraste entre la sociedad de consumo frente a la sociedad de productores, puesto que en la etapa industrial había un hecho incuestionable: antes que cualquier cosa todos debían ser ante todo productores. En esta segunda modernidad, centrada en el consumo, la primera imperiosa obligación es ser consumidor de bienes, inclusive por encima de las

verdaderas necesidades humanas. "Este nuevo estadio de la sociedad industrial, nos introduciría simplemente en un nuevo estado de la cultura que degrada la satisfacción de los deseos al convertirlos en un alivio repetitivo de necesidades imputadas por medio de artículos estandarizados" (Illich, 2006).

Estados Unidos fue uno de los países donde se empezaron a dar las circunstancias para pasar de una sociedad de trabajadores productores a una sociedad de trabajadores consumidores, e inclusive a veces de sólo consumidores. Fue la implementación de la cadena de montaje de Ford y la revolución organizacional de la General Motors lo que generó cambios radicales en las formas de actuar de las compañías en la producción de bienes y servicios, y en las formas de vincular y emplear a sus obreros. El incremento de la productividad logrado por las máquinas que reemplazaban a los operarios generó un creciente número de trabajadores que se quedaban sin trabajo. Las consecuencias entonces para la economía fueron funestas. Entre 1920 y 1927, la productividad en la industria norteamericana se incrementó hasta en un 40%. En el sector secundario, los resultados por hora/hombre se incrementaron a un ritmo de 5,6% entre 1919 y 1929. Simultáneamente, desaparecieron más de 2,5 millones de puestos de trabajo (Rifkin,2004). Era la segunda fase del remplazo de la mano de obra humana por la máquina y el comienzo de las crisis del desempleo. Pero, si no hay trabajo no hay quién compre, es una realidad que varias posturas económicas han tratado de subestimar afirmando que los trabajadores despedidos por el incremento en la productividad y a causa de la tecnología, serán absorbidos por otras industrias que debido al crecimiento económico que genera dicha productividad, abrirían nuevos puestos de trabajo.

Los inventarios continuaron creciendo y el asalariado siguió comprando a crédito, hasta que la gran Depresión de los años 30, dio cuenta de la eclosión del sistema. Marx tenía razón, pues según él

las crisis eran de superproducción o sobreproducción debido a una acumulación de mercancías producidas que no encontraban comprador porque los ingresos de la mayoría de los compradores (obreros) se retrasaban respecto a la dinámica productiva empujada por el afán de ganancia (Martínez, 2009).

Vinieron entonces las políticas keynesianas y el Estado del Bienestar que de alguna forma suplieron las

deficiencias del mercado y constituyeron uno de los esfuerzos para sacar a Europa y a los Estados Unidos del periodo de crisis que se extendió por más diez años.

La New Deal Administration entendía su papel como el de un empresario de último recurso, una especie de mecanismo en retaguardia que debía poner en marcha la debilitada economía. Roosevelt subrayó el nuevo papel del Gobierno al afirmar que el espíritu de todo este esfuerzo es la restauración de nuestro rico mercado doméstico haciendo crecer su amplia capacidad de consumo... La demanda reprimida de la gente es muy grande, y si la podemos redimir en un frente tan amplio, no deberemos temer por una recuperación tardía (Rosenman, 1938,p.202).

A pesar de los diferentes programas gubernamentales puestos en marcha en la década de los años 30 en los Estados Unidos y en otros países, "la debilidad endémica del sistema industrial, que constituyó una de las causas que precipitó la crisis económica mundial, continuaba siendo una plaga en la comunidad económica internacional. Tan solo fue la Segunda guerra lo que terminó salvando la economía norteamericana" (Rifkin,2004). El gasto del Gobierno durante la Segunda Guerra Mundial creció vertiginosamente y se convirtió en el verdadero motor que habría de subsanar esta economía, que aislada territorialmente de los enfrentamientos, hacía de despensa y de fuente de armas y pertrechos para los Aliados.

Un año después de que los Estados Unidos entrasen en la Segunda Guerra Mundial, los gastos gubernamentales pasaron de 16.900 millones de dólares a 51.900 millones. En 1943 los gastos federales invertidos en la guerra ascendían a más de 81.100 millones de dólares. El desempleo descendió a la mitad en 1942 y de nuevo a la mitad en 1943. (Rifkin, 2004, p.87).

Durante la Guerra Fría el Estado seguirá siendo de un protagonismo e intervencionismo creciente bajo el papel que se le otorga con la consolidación del Estado del Bienestar. "En Estados Unidos, en 1929 el gasto gubernamental era tan solo del 12% del PIB. En 1975 el gasto total había crecido hasta una cifra alrededor del 33% del PIB."(Alperovitz, 1993). La aplicación de las políticas keynesianas que contribuyeron para sacar

al mundo de la crisis de los años treinta se mantendrán después de la Guerra con más ímpetu y convertirán al Estado en un monstruo burocrático que deberá velar por la educación, la salud, los servicios públicos y el pleno empleo. El gasto militar norteamericano se mantuvo en la forma de un amplísimo complejo industrial y militar que se extendía por dentro y por fuera del territorio hacia los países aliados.

Pero a pesar de todos estos alicientes y el crecimiento económico de la posguerra, la tendencia hacia la reducción de puestos de trabajo continuó de forma precipitada. La crisis del petróleo de los setenta, que puso en marcha finalmente el modelo neoliberal, terminó de consolidar la sociedad de consumo en la que las multinacionales incrementan año a año sus ingresos a causa de la explotación del trabajador y que al sustituir millones de puestos de trabajo por máquinas robotizadas y por computadores, aumentan el desempleo, ya no solo en los países en vías de desarrollo sino también en los industrializados. Como lo afirma Consuelo Ahumada:

El desarrollo tecnológico sin precedentes que se ha dado en los últimos tiempos no ha contribuido al mejoramiento de las condiciones laborales y sociales de la mayor parte de la población, sino que ha ido aparejado de un deterioro, también sin precedentes, de dichas condiciones. La superexplotación de los trabajadores y su sometimiento a condiciones de vida y de trabajo equiparables a las de la época de la revolución industrial, son el resultado del modelo vigente de acumulación, que beneficia exclusivamente a las empresas multinacionales y al capital financiero, al servicio de los intereses de los países más poderosos del orbe. (Ahumada, 2006, p.1)

4. La aceleración del tiempo

El espacio y el tiempo son categorías fundamentales de la experiencia humana, pero, lejos de ser inmutables, están sujetas en gran medida al cambio histórico. Uno de los lamentos permanentes de la Modernidad se refiere a la pérdida de un pasado mejor: ese recuerdo de haber vivido en un lugar circunscrito y seguro, con la sensación de contar con vínculos estables en una cultura arraigada en un lugar en el que el tiempo fluía de manera regular y con un núcleo

de relaciones permanentes. (Huysen, 2002, p.17).

En el modelo neoliberal, la economía global se ha sustentado en una gran porcentaje en las empresas multinacionales, quienes se han convertido en el principal agente de crecimiento frente a la disminución del tamaño del Estado. Lastimosamente, los intereses de estas compañías no comprenden ninguna consideración con el planeta, con el mismo Estado y con la clase trabajadora. Como lo afirma Beck (2008) el incremento de la productividad de estas compañías está ligado a la desaparición de puestos de trabajo, la productividad obligada de las multinacionales y la incapacidad de los gobiernos para generar nuevos puestos de trabajo. Pero aún así, si no hay trabajo no hay quién compre, y de alguna forma las economías del siglo XXI se han mantenido a flote, empleando millones de trabajadores en lugares donde pueden pagar salarios de subsistencia.

El trabajo escasea porque la sociedad postmoderna ha permitido la disminución de los costos y la maximización de las ganancias, la implementación de las máquinas y de la tecnología en los sistemas productivos han desplazado la hora-hombre, al punto de no necesitarlo.

En este nuevo escenario, se fue quebrando gradualmente aquella relación tan positiva que anteriormente existía entre la producción y el trabajo. El crecimiento económico se correspondía cada vez menos con la incorporación continuada y estable de la mayoría de la población a la sociedad del empleo, pudiendo así verse erosionado el ideario temporal de las sociedades modernas. Ideario que, como se recordará, se conformaba en gran parte vinculando estrechamente el crecimiento económico con la integración y el ascenso de la población en el mundo del empleo. (Durán, 2006, 178).

Las formas de producción tecnológicas llevan a una sociedad de parados, puesto que la productividad que se genera con la implementación de la tecnología hace a las empresas más competitivas y reduce los precios de los bienes finales, pero esta productividad no genera más nuevos puestos de trabajo incrementa los niveles de desempleo.

En la nueva situación industrial, el crecimiento económico y el progreso productivo se desconectan del trabajo. Es más, el aumento de la producción se relaciona con la disminución

del empleo. Esta es, de hecho, una consecuencia ineludible, de momento, de la progresiva cientificación y tecnificación de los procesos productivos (Corbí, 1992,p.16).

De acuerdo con esta descripción histórica, como lo afirma Illich, "En esta carrera quedaron destrozados innumerables conjuntos de infraestructuras con las que la gente enfrentaba la vida, en las que jugaba, comía, tejía lazos de amistad y hacía el amor" (Illich, 2006). Infraestructuras adheridas a una dimensión y percepción del tiempo que permitía el ejercicio de la consciencia y a veces de la autoconsciencia, que brindaba un espacio para caminar y trabajar con la tranquilidad de saber y sentir que el ritmo de la tierra era el ritmo de los pasos y que nada ni nadie nos estaba dejando atrás, que el trabajo era la forma natural con la que accedíamos a las esferas superiores de la adultez y emprendíamos el camino de la independencia y a veces de la abundancia.

Como se mencionó arriba, evidentemente el objetivo de la abundancia se ha articulado a la idea de progreso y ha establecido una relación causal entre este y el trabajo, al punto que desde la modernidad se cree que trabajar es sinónimo de progresar y que a la sazón, el progreso y la abundancia están al alcance de todos, en el marco de una sociedad que le ofrece trabajo a la mayoría de sus integrantes.

En su forma más común, la idea de progreso se ha referido, desde los griegos, al avance del conocimiento y, más especialmente, al tipo de conocimiento práctico contenido en las artes y las ciencias. Pero la idea de progreso se ha aplicado también al logro de lo que los primitivos cristianos llamaban el paraíso terrenal: un estado de tal exaltación espiritual que la liberación del hombre de todas las compulsiones físicas que lo atormentan se torna completa. A nuestro entender, la perspectiva del progreso es usada, especialmente en el mundo moderno, para sustentar la esperanza en un futuro caracterizado por la libertad, la igualdad y la justicia individuales. (Nisbet,1986,p.56).

Pero como lo afirma Durán: "a lo largo de la modernidad irá surgiendo una determinada representación del tiempo vinculada a las esferas del trabajo y del consumo, y articulada en torno a la idea de progreso" (Durán, 2009). Fue así como la idea de progreso se enlazó a la idea de

desarrollo y el desarrollo se estableció en términos de lo que las sociedades hegemónicas consideraban como tal, es decir la industrialización: entendida como el proceso a partir del cual la fabricación y distribución a donde se requieran y en masa de los bienes estandarizados que hacen 'felices' a los hombres, es el derrotero por excelencia.

El trabajo se concebía como la actividad que impulsaba el desarrollo industrial, posibilitando simultáneamente el progreso de los individuos en la sociedad. La producción era el proceso mediante el cual se realimentaban permanentemente los niveles de riqueza de la colectividad. La producción y el trabajo nutrían, en suma, una misma representación del progreso que contribuía eficazmente a la integración de las sociedades de mercado. (Durán, 2006, p.183).

De la misma forma, las mismas sociedades de mercado edificaron la idea de que la industrialización es beneficiosa porque conduce a la constitución de sociedades más equitativas. Illich (2006) advierte de esta falacia en su concepto de "crisis de energía", cuando afirma que es una ilusión creer que se puede alcanzar una sociedad equitativa, mientras se eleva el desarrollo industrial y que a partir de sostener el perfeccionamiento de la técnica de las industrias es posible mejorar su rendimiento, aumentar su producción y, en consecuencia, llevar la energía a todo el mundo. Como se puede ver, hay una serie de argumentos concatenados desde la perspectiva de los países desarrollados, que reivindican la industrialización -ligada como vimos al concepto de trabajo y progreso-, la productividad y la misma energía como necesarias, no solo para poner a funcionar los electrodomésticos manufacturados (que hacen más eficientes a los hombres) por estos mismos países, sino también para mover el andamiaje productivo y llevar los insumos de un lugar a otro alrededor de la tierra, como circunstancia del crecimiento económico: el trabajo en la fábrica que requiere energía conduce a la industrialización y ésta al progreso y a la equidad: nada más incierto.

Por otra parte, Durkheim afirma que el espacio y el tiempo son conceptos contruidos como representaciones colectivas. Castoriadis, por su parte, dice que no es solo que "cada sociedad tenga una manera propia de vivir el tiempo, sino que cada sociedad es también una manera de hacer el tiempo y de darle existencia" (Castoriadis,

1989). Entonces, es un hecho que la forma en que una comunidad concibe el tiempo depende de la manera como ésta esté estructurada, de la manera en que los grupos dominantes, desde su posición jerárquica, construyen sus tiempos dominantes, que de hecho al institucionalizarse (Berger y Luckmann, 1997), empiezan a ser los tiempos de todos y en los que ellos consolidan las ventajas obtenidas. Dichas representaciones del tiempo entrarían así a formar parte de la estructura de legitimaciones de una colectividad, sancionando como legítimo el orden social en el que se inscriben, y en nuestro caso, consolidando una concepción del tiempo que contribuye al desarrollo de la hegemonía de los países industrializados, puesto que "el tiempo se construye en referencia al presente y con esas mismas cualidades objetivas y subjetivas que hemos mencionado anteriormente, al tratarse de un tiempo que los sujetos creen que dominan pero al que a su vez se ven sometidos" (Durán, 2009).

En este sentido podemos expresar que ningún sistema de dominación puede prescindir de una particular concepción del tiempo (Durán, 2009). Dicha concepción, ha escrito George Dumézil: adquiere un interés particular para cualquiera que, dios, héroe o jefe, quiera triunfar, reinar o fundar: éste debe tratar de apropiarse del tiempo por la misma razón que del espacio. Es así como en occidente la forma de crear y estructurar el tiempo se ha llevado a cabo por herencia del cristianismo, quien lo concibe como un "proceso que avanza hacia delante, hacia el progreso, hacia el esperado regocijo del premio de la salvación eterna" (Dumézil, 1995) y por otra parte, como se ha explicado, por la forma de articular la relación entre las variables trabajo y consumo, que igualmente conducen a la abundancia, a la industrialización y al progreso. Asimismo,

las representaciones del tiempo imperantes en las sociedades occidentales, son el resultado de un proceso histórico cuyas raíces son cristianas. En efecto, el cristianismo es quien comienza a percibir el tiempo de una forma lineal e irreversible, en orden a una secuencia temporal que se inicia con la creación del mundo y el pecado original y concluye en el juicio final. Era este un tiempo orientado hacia el futuro, un futuro que se anunciaba como una época de esperanza salvadora" (Durán, 2009, p.14).

En consecuencia, con el propósito de alcanzar la prosperidad a toda costa, representada en el trabajo

y ahora en el consumo, la sociedad postmoderna ha acelerado el tiempo. No solo a través de la relación entre progreso, trabajo e industrialización que hemos mencionado, sino a través de lo que Gianni Vattimo (1989) llama los *Mass media*. La información fluye vertiginosamente a través de los múltiples medios de comunicación, transmitiendo un ideal de progreso centrado en el consumo de bienes efímeros de los que se anuncia su escasez, aunque en realidad no se agoten, sino que son reemplazados porque otros nuevos los devienen obsoletos. “Para satisfacer esta dependencia se tiene que seguir produciendo siempre más de lo mismo: bienes y servicios estandarizados destinados a los consumidores, quienes, a su vez, son estandarizados por los educadores para que crean necesitar lo que se les ofrece” (Illich, 2006).

En tal sentido, se hace necesario más tiempo hegemónico o más herramientas o bienes para que el tiempo alcance, más productos que permitan acelerar las labores cotidianas y los procesos industriales que promuevan la competitividad, lo que en últimas nos conduce de nuevo a la demanda de los bienes y servicios que producen los países desarrollados, quienes nos han suscrito en su versión acelerada del tiempo de la globalización.

A partir de la siguiente reflexión, Sonia Freire nos explica cómo Illich profundiza sobre la relación entre tiempo y progreso:

(...) la demanda de bienes estandarizados finalmente lleva a la demanda de tiempo, al hacer el análisis de cómo el desarrollo ilimitado de la industria del transporte, en pos de un supuesto progreso, no sólo modifica terriblemente el territorio, sino que además reduce nuestra libertad de movimientos sobre el espacio, condenándonos a ser “usuarios” del transporte (público o privado), a ser “consumidores” obligatorios, para no quedar marginados del resto de la sociedad. La consecuencia paradójica de este desarrollo tecnológico es la disminución del tiempo social disponible en nuestra vida diaria, frente al aumento del tiempo invertido en nuestros desplazamientos cotidianos (Freire, 2009, p.3).

Anaximandro, en lo poco que se ha podido recuperar de su pensamiento, afirmaba: “Donde tuvo lo que es su origen, allí es preciso que retorne en su caída, de acuerdo con las determinaciones del destino. Las cosas

deben pagar unas a otras castigo y pena, de acuerdo con la sentencia del tiempo.” (Jaeger, 1992). En otras palabras, como lo afirman Leonor y Hugo Martínez Echeverri, citando a Anaximandro, en su Diccionario de filosofía, que el tiempo es la forma en que ha de ejecutarse la necesidad de las cosas de volver a la quietud, a la unidad e indeterminación de la naturaleza de donde han salido ‘injustamente’. En otras palabras, que las cosas que envejecen son objeto del tiempo, son su esencia, la forma en que se evidencia su paso, la manifestación de su transcurrir.

No es una simple descripción de hechos, sino la justificación de la naturaleza del mundo. El mundo se revela como un cosmos, o, dicho en castellano, como una comunidad de las cosas, sujetas a orden y a justicia. Esto afirma su sentido en el incesante e inexorable devenir y perecer, es decir, en aquello que hay en la existencia de más incompresible e insoportable... (Jaeger, 1992, p.159).

Entonces, si en el mundo de hoy las cosas se hacen obsoletas más rápido, vuelven a la quietud (a la muerte) más rápido, por las razones ya expuestas, podemos inferir que el tiempo está pasando de manera más vertiginosa, o al menos esa es la sensación que nos deja toda esta premura.

En el sentido de Durkheim y Castoriadis, que ya hemos citado, podemos aseverar que el tiempo se mueve repetitivamente y en relación con tiempos más antiguos, pero al ritmo de los tiempos y las sociedades contemporáneas -quien en últimas son quienes lo construyen, lo perciben y lo viven-, de una forma más acelerada. Igualmente, podríamos afirmar que el tiempo de hoy –que no tendría porque ser estático, puesto que su esencia es la alteridad- se ajusta a la premura y a los afanes de hoy, tal como se ajustaba a la lentitud y a la paciencia del mundo de antes de la globalización, que en últimas no era lento, sino simplemente el tiempo de aquel tiempo, que en comparación con el nuestro, era más parsimonioso.

5. El fin del tiempo del descanso y del progreso

Con la idea judaica del castigo divino, “con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida (...) con el sudor de tu rostro comerás el pan” (Biblia, Génesis, 3,

22), que consagra al trabajo como una actividad penosa, se puede apreciar que

En principio, el cristianismo hizo también suyo el desprecio por lo que hoy grosso modo denominamos trabajo: se tomó como castigo fruto de una maldición bíblica y no como un objetivo ni individual ni socialmente deseable, máxime cuando se propugnaba el desapego por los bienes terrenales (Naredo, 2002, p.16).

El hombre trabajó entonces para librarse del pecado y luego lo hizo para alcanzar la abundancia. A partir de la Revolución Industrial, se esperaba que cada día, cada semana y cada año al final de la jornada, en el camino del progreso y hasta el final de los días del trabajo, después de tanto laborar el hombre lograra, la riqueza y el descanso merecido.

La modernidad significó precisamente la instauración de otra representación del tiempo, abiertamente opuesta a la que hasta ese momento había imperado. Al tiempo de la tradición vinculado al pasado, le sucederá ahora otra concepción del tiempo en el que el trabajo y el consumo desempeñarán un papel cada vez más preponderante, creando una nueva temporalidad orientada hacia el futuro. (Durán, 2010, p.8).

En la sociedad neoliberal, lo que ha ocurrido es que se ha desmontado la relación entre trabajo y progreso, porque ya no es posible el trabajo, ni como castigo ni como esfuerzo sublime para lograr finalmente el tiempo del descanso, ya que este ha llegado obligado. Hoy, que por las crisis económicas, la competitividad y los avances tecnológicos el desempleo aumenta y las máquinas rempazan al hombre en múltiples tareas, ya no hay tiempo de trabajo porque simplemente no hay trabajo, hay extensos e 'inmerecidos' periodos de descanso, en los que anhelamos con nostalgia los tiempos del empleo de tiempo completo para todos.

Nos hemos liberado del trabajo concebido, según la lectura judaica, como una forma de actividad penosa, obligatoria y dolorosa, y también del trabajo como soporte ético del progreso y del bienestar. El trabajo primigenio desaparece en el empleo asalariado y en la fábrica, el empleo asalariado desaparece en la tecnología y la tecnología nos obliga al consumo y en el consumo

se concreta la máxima posibilidad de la existencia: consumo, luego existo.

En la sociedad del consumo, el esfuerzo humano se desligó del progreso y se hizo innecesario, porque en este nuevo paradigma el progreso siempre va marcado por la tecnología que reemplaza la mano de obra humana y la elección de lo que más arroje beneficios económicos. Entonces, lo que se asemejaba a la salvación eterna se desvanece en la marea lenta de las horas ociosas, hoy cuando el tiempo de ocio se esparce perezoso entre los hombres, como el logro más esperado de la 'civilización'...

Ya Arendt nos había advertido esta situación

...el advenimiento de la automatización, que probablemente en pocas décadas vaciará las fábricas y liberará a la humanidad de su más antigua y natural carga, la del trabajo y la servidumbre a la necesidad. También aquí está en peligro un aspecto fundamental de la condición humana, pero la rebelión contra ella, el deseo de liberarse de la fatiga y la molestia, no es moderna sino tan antigua como la historia registrada. La liberación del trabajo en sí no es nueva; en otro tiempo se contó entre los privilegios más firmemente asentados de unos pocos. En este caso, parece como si el progreso científico y el desarrollo técnico sólo hubieran sacado partido para lograr algo que fue un sueño de otros tiempos, incapaces de hacerlo realidad (...) la Edad Moderna trajo consigo la glorificación teórica del trabajo, cuya consecuencia ha sido la transformación de toda la sociedad en una sociedad de trabajo. Por lo tanto, la realización del deseo, al igual que sucede en los cuentos de hadas, llega en un momento en que solo puede ser contraproducente. Puesto que se trata de una sociedad de trabajadores que está a punto de ser liberada de las trabas del trabajo, y dicha sociedad desconoce esas otras actividades más elevadas y significativas por cuyas causas merecería ganarse esa libertad. (Arendt, 1998, p.37).

6. Conclusiones

Finalmente, la incorporación de la tecnología en las diferentes actividades laborales humanas, ha empezado a liberar al hombre de la carga que lo había torturado

durante tantos siglos: el trabajo. Pero, paradójicamente, las sociedades con altos niveles de paro piden a gritos más tiempo de trabajo, y ni el Estado ni el sector productivo, pretendiendo dinamizar la economía a partir del consumo, pueden ofrecerlo, puesto que la misma dinámica de la competitividad lo hace imposible. Pero hay algo que queda muy claro, si no hay trabajo no habrá quién compre, por lo que de una y otra forma el sector productivo tendrá que seguir empleando a las personas.

De la preponderancia del trabajo físico pasamos a perfeccionar herramientas y máquinas para que éstas realizaran las tareas más dispendiosas. Posteriormente, a la creciente incorporación de la habilidad a las máquinas le sumamos la destreza para desarrollar un trabajo predominantemente creador para que pudieran ellas mismas modificar y corregir sus tareas. Esto definitivamente significó un ingente avance de la capacidad humana para aumentar la creación de riqueza y de liberarse de la antigua y pesada carga del trabajo. Pero, como lo hemos visto, lo que podría representar el gran logro de la civilización se convierte en un problema que podría conducirnos a situaciones caóticas, casi apocalípticas, el trabajo se acaba y con él la única condición posible de sobrevivir para millones de seres humanos.

En la actualidad, cuando el funcionamiento normal de nuestras sociedades capitalistas-la utopía del pleno empleo para todos en jornada completa está en crisis-se puede apreciar con claridad este protagonismo del trabajo y también su posible disminución o mutación nos pone a pensar sobre algo que nos había parecido evidente; el hecho de creer que el trabajo era la forma natural y común con la que se conseguían las cosas, que era el espacio en el que como adultos o al menos como mayores de edad comenzábamos el proceso de maduración, de autorrealización y de consolidación de lazos sociales importantes y duraderos, y asimismo, el proceso a través del cual nos hacíamos adultos produciendo, es decir, nos hacíamos humanos trabajando. Al día de hoy este paradigma, que consideraba al trabajo como una categoría antropológica, está llegando a su fin y la humanidad no está preparada para ello.

La particularidad de la idea de progreso dominante en Occidente puede expresarse de manera sencilla: como lo hemos argumentado, la humanidad ha avanzado en el pasado, avanza actualmente y puede esperarse que continúe avanzando en el futuro. Pero al día de

hoy, cuando nos cuestionamos respecto de lo que significa “avanzar” las cosas se tornan necesariamente más complejas, por eso es tiempo de pensar en dejar de avanzar en los mismos términos en los que siempre hemos avanzado. El tiempo del mundo de la globalización y del neoliberalismo se ha acelerado y nos conduce cada vez más a un instante de reflexión en el que tendremos que parar, un solo instante de quietud y no compra, no consumo de cosas nuevas, en el que tendremos que darnos cuenta por un solo instante que la demanda insatisfecha de bienes y servicios efímeros no trae la felicidad ni el progreso, y que de alguna forma al consumir no hacemos más que seguir reivindicando el poder de los países industrializados y contaminando el planeta. Es hora de parar, de dejar de producir, de dejar de consumir, de comprar, tal vez llegó la hora de reutilizar, de revivir y de asimilar nuestra idea de progreso a la de otras civilizaciones que desde antaño han trabajado otros paradigmas de perfeccionamiento moral, espiritual y material, así como la búsqueda, en mayor o menor grado, de la virtud, la espiritualidad y la salvación, bienes o valores trascendentes que generan una felicidad duradera y estructurada en la verdadera condición humana, desligada del consumo por siempre insatisfecho. ≡

NOTAS

1. El artículo es parte del marco teórico de la investigación: Trayectorias laborales docentes en Bogotá, años 40 al 90. Financiada y ejecutada por la Universidad Militar Nueva Granada.
2. Etimológicamente, trabajo viene de *trepalium*, máquina de tres pies para herrar los caballos, utilizada después como instrumento de tortura. Del siglo XII al XVI, trabajar significa “atormentar”, “sufrir”; el “trabajador” era el verdugo. El sentido primitivo de esta palabra expresa entonces explícitamente la idea de “tormento”, y después, progresivamente en su evolución, “esfuerzo penoso”, “fatiga”. En la Edad Media, trabajar significaba también “viajar” (“trabajar de reino en reino”), y la lengua inglesa conservó este origen en la palabra travel.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. AHUMADA BELTRÁN, María Consuelo. La teoría marxista de la plusvalía absoluta: una clave para entender las condiciones laborales en el periodo neoliberal. En: Marx Vive 2004, Marx Vive: teoría y acción política en el capitalismo actual. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006. v. 1, p. 355-388.
2. ALPEROVITZ, Gar. The Clintonomics Trap, en The Progressive, junio de 1993. 36 p

3. ARENDT, Hannah. La condición humana. 3 ed. Barcelona: Paidós, 1998. 366 p.
4. BAUMMAN, Zigmunt. Trabajo, consumismo y nuevos pobres. Barcelona: Gedisa, 2000. 153 p.
5. BECK, Ulrich. Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización. Argentina: Paidós, 2000. 344 p.
6. BECK, Ulrich. ¿Qué es la globalización? Argentina: Paidós, 2008. p. 12-34.
7. Berger, P. y Luckmann, Theodore. Modernidad, pluralismo y crisis de sentido, Barcelona: Paidós, 1997. p 33-56.
8. CASTORIADIS, Cornelius. La institución imaginaria de la sociedad, Barcelona: Tusquets, 1989. p 17-35.
9. CORBÍ, María. Proyectar la sociedad, reconvertir la religión, Barcelona: Editorial Herder, 1992. p 34 – 56.
10. MARTÍNEZ, Leonor y ECHEVERRY, Hugo. Diccionario de Filosofía. Bogotá: Editorial Panamericana, 1995.
11. DUMEZIL, E. Mythe et Épopée, París : Gallimard, 1995. 78 p.
12. DURÁN, Francisco. Los nuevos discursos del mundo del trabajo, En: Cuadernos de Relaciones Laborales. Vol. 24, No. 2 (2006); p. 175-199
13. DURÁN, Francisco. Del círculo a la flecha y de la flecha al boomerang. Las representaciones del tiempo tardomodernas en las esferas del trabajo y el consumo. En: Barataria, Revista Castellana-Manchega de Ciencias Sociales. No. 10 (2009); p 24-37.
14. FOUCAULT, Michel. Historia de la sexualidad I. México: Siglo XXI Editores, 1996. 194 p.
15. FREIRE, Sonia. Energía y equidad. Reseña sobre un texto de Iván Illich. En: Arquitectura, ecología y economía. 2009. 134 p.
16. GONZÁLES, Marina. Ética actual y profesional. Trabajo y profesión en la vida contemporánea. México: Thomson, 2006. p. 326 – 359.
17. HUYSSSEN, Andreas. En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. p 47 -67.
18. ILLICH, Iván. Obras reunidas, Vol.1, México: Fondo de Cultura Económica, 2006. v2.
19. JAEGER, Werner. Paideia, 2 ed. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1996. p. 119-159.
20. MARTÍNEZ, Oswaldo. La larga marcha de la crisis económica capitalista. En Centro Investigaciones de la Economía Mundial. [en línea]. http://www.archivochile.com/Debate/crisis_08_09/crisis00061.pdf. [citado enero 17 de 2012].
21. Marx, Karl. El Capital. Barcelona: Ediciones Orbis S.A, 1984. 2 v.
22. MÉDA Dominique. El trabajo, un valor en peligro de extinción. Barcelona: Gedisa, 1995. p. 17-36.
23. NAREDO, José Manuel. Raíces económicas del deterioro ecológico y social, más allá de los dogmas, Madrid: Siglo XXI. 2006. 234 p.
24. NEFFA, Julio. Presentación del reciente debate sobre el fin del trabajo. En: C. Neffa y E. de la Garza Toledo (Comp) El trabajo del futuro. El futuro del trabajo. Buenos Aires: CLACSO, 2001. 157 p.
25. NISBET, Robert. La idea de progreso. En: Revista Libertas. Vol 5, (1986; p. 23-30.
26. LUCERO, Rubén. La transformación del trabajo y el empleo. En: Anales de la educación común. Vol. 2 , No. 5 (dic. 2006); p. 133-146.
27. RIFKIN, Jeremy. El fin del trabajo, España: Paidós, 2004. 436 p.
28. ROEDIGER, David & PHILIP, Foner. Our Own Time: A history of American Labor and the Working Day, Westport, CT, Greenwood Press, 1989. 32 p.
29. ROSENMAN, S.I., The Public Papers and Address of Franklin D. Roosevelt, vol.2, Nueva York: The Year of Crisis, 1933. 34 p.
30. ROCCARD, Michel. Préface en RIFKIN, Jeremy, La fin du travail, París: La Découverte, 1996. 436 p.
31. ROSSI, Paolo. Los filósofos y las máquinas. Barcelona: Labor, 1966. 87 p.
32. SENNETT, Richard. La corrosión del carácter. Barcelona, Anagrama, 2006. 147 p.
33. SMITH, Adam. Investigaciones sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones. México: FCE, 1958. 340 p.
34. TIRADO, Álvaro. Introducción a la historia económica de Colombia. 12 ed. Bogotá: La Carreta, 1981. 377 p.
35. VATTIMO, Gianni. La sociedad transparente, Milán: Paidós, 1998. 81 p.
36. WEBER, Max. La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Argentina: Caronte, 2006. p 21-37.